

HOMBRES Y COSAS QUE FUERON

El Dr. Mata y Bretón de los Herreros

El Dr. Mata, el célebre Dr. D. Pedro Mata, que era un médico muy sabio, muy inteligente y muy bondadoso, que en vez de ejercer la Medicina y de limitarse al estudio y al ejercicio de su carrera, se ocupaba de política y de literatura con un fervor digno de mejores empresas. Dándose las de poeta, seguramente hubiera cambiado sus mayores éxitos como hombre de ciencia por otro adquirido como escritor. Publicista obstinado y contumaz literato, escribió sus correspondientes poemas románticos, que dieron mucho que hablar a la crítica de los tiempos en que vivió nuestro D. Pedro, que era una autoridad, una verdadera autoridad en cuestiones frenológicas, y en materias literarias no pasaba de ser un mediocre aficionado, que entre otras cualidades tenía la de aborrecer—literariamente—a Bretón de los Herreros, que, por *justicia de Dios o por olvido*, que dijo Miguel de los Santos Álvarez, fué a habitar el cuarto contiguo al que ocupaba D. Pedro Mata.

Como hay que suponer, aquella vecindad le molestaba un poco; pero todo lo sobrellevaba con paciencia, menos que muchos que iban a visitar al poeta se equivocaran de puerta y llamaran a la del famoso médico.

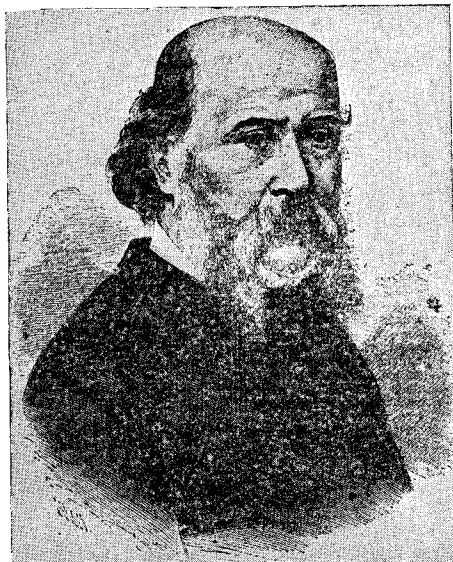
Cansado un día de tantas equivocaciones, tuvo un rasgo de ingenio y de mal humor y fijó en la puerta de su casa un cartelito, en el que en grandes letras se leían los siguientes y poco afortunados versos:

En esta mi habitación
no vive ningún Bretón.

No tardó en leer el cartelito el aludido, y tomándolo por donde quema, decidió vengarse con las mismas o parecidas armas con que se le había ofendido.

Conociendo a Bretón de los Herreros no era extraña su actitud. Precisamente, su cualidad principal era el orgullo y el concepto tan elevado que tenía de su talento. Así lo había demostrado muchas veces, y así lo había demostrado en distintas ocasiones, especialmente con Mariano José de Larra (*Figaro*), con quien estuvo enemistado durante mucho tiempo, a consecuencia de la crítica adversa que hizo de una de las obras de Bretón de los Herreros, el rey de nuestros románticos. A qué extremos llegó dicha

enemistad puede comprenderse conociendo a Bretón y al mismo Larra. Para reconciliarlos tuvo que intervenir la plana mayor del romanticismo y darles un ban-



El Dr. D. Pedro Mata y Fontanet.

quete, en el que ofició de mediador don Ventura de la Vega, que, con unos versos alusivos a la fraternidad que debe reinar entre los poetas, preparó el camino a una reconciliación que amenazaba no llegar nunca.

Dedúzcase, pues, la impresión que los versos desacertados de D. Pedro Mata produjeron en Bretón de los Herreros, que ni corto ni perezoso, al cartelito del doctor respondió con otro, en el que decía:

Vive en esta vecindad
cierto médico poeta
que al fin de cada receta
pone "Mata", y es verdad.

Pareciéndole insuficiente esta ingeniosísima y venenosa cuarteta, añadió estos otros versos:

Como doctor tan sólo
le tengo miedo;
mientras no me recete
vamos viviendo.

Sangrientos eran ambos epigramas, que

hirieron al Dr. Mata en lo más vivo de su amor propio. Y como no era cosa de enviarle los padrinos—costumbre que entonces estaba muy en uso—, siguió el duelo literario, que él mismo había planteado. Y valiéndose de la poesía quiso contestar a su enemigo, para cuyo objeto puso en su puerta ¡otro cartelito! con estos versos, que sustituyeron a los que había escrito primero:

Este médico poeta,
a quien así se maltrata,
ni visita ni receta,
y, por lo tanto, no Mata.

Divulgados estos carteles de desafío por el Madrid literario, no tardaron en hacerse populares, y no sabemos adónde hubiera llegado aquel torneo de poetas si Bretón de los Herreros no hubiera tomado la decisión de mudarse de domicilio.

¡Hay cosas que matan, y los versos malos son una de ellas!

Entendiéndolo así el aplaudido autor de tantas comedias como envejecían en los carteles de todos los teatros de Madrid, decidió, como hemos dicho, cambiar de domicilio. No podía continuar aquel duelo. No podía tampoco seguir aquella polémica de vecindad, que era tan ridícula como absurda. Echando sus cuentas, seguramente se diría que prosiguiendo aquella contienda iba a tener que escribir quién sabe cuántos versos para no cobrarlos. Para no cobrarlos y para que sirvieran de júbilo gratuito a los vecinos, que ante aquellos carteles pasaban las horas muertas riéndose de aquella rivalidad que se revelaba de manera tan graciosa como original.

Y aquello era insostenible. Había que desaparecer. Y desapareció. Y así fué como los vecinos, que esperaban nuevos cartelitos para regocijarse burlones, vieron que un día—dos o tres después de la aparición de los versos que anteriormente copiamos—el señor Bretón de los Herreros abandonaba la casa. Ante aquella huída no supieron qué pensar. El poeta le había tomado miedo al médico. Hay luchas muy desiguales, y aquella era más desigual que ninguna otra.

Si llegaron a reconciliarse o no Bretón de los Herreros y don Pedro Mata es cosa que desconocemos. Tampoco tiene mucha importancia el saberlo. Unicamente la tiene la anécdota que acabamos de citar, como reflejo de la vida y las costumbres de una época feliz, en que los hombres de talento tenían tiempo para escribir versos y arrojárseles después como si fueran armas mortíferas.

JUAN LÓPEZ NÚÑEZ.

Bálsamo Bebé

IRRITACIONES ESCOCEDURAS Y ERUPCIONES DE LOS NIÑOS.

